

john saxe-fernández*

etiología
de la patología revolucionaria
y profilaxis
contrarrevolucionaria

A. Teoría

La sociología académica de tradición científicista ha proyectado en el campo político-militar internacional su preocupación por encontrar las causas de aquellos fenómenos que se consideran patológicos, disfuncionales o anómalos. Los fines, métodos y programas terapéuticos que se plantean tienen un fundamento ideológico común y, por tanto, las mismas derivaciones políticas que inspiraron la sociología de la desorganización social y personal.¹ Esta sociología, dedicada a la corrección de comportamientos individuales o colectivos a los que se les había asignado el marbete de "patológicos", surgió en los Estados Unidos con gran vigor y generoso financiamiento público y privado en la década iniciada en 1910.²

La perspectiva de la "desorganización social y personal" que todavía persiste con inusitado apoyo oficial, da expresión contemporánea al organicismo decimonónico, perpetuado con cautelosas

* Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

1 Véase David Matza, **Becoming deviant**, New Jersey, Prentice-Hall Inc., 1969, pp. 41-66; Irving Louis Horowitz & Martin Liebowitz, "Social Deviance and Political Marginality. Toward a Redefinition of the Relation Between Sociology and Politics", **Social Problems**, Winter, 1968, pp. 280-296.

2 David Matza, *op. cit.*, pp. 15-40.

modificaciones por la escuela estructural funcional.³ Las definiciones —o, mejor aún, rotulaciones— de los comportamientos patológicos respondieron por lo general a los intereses de aquellas clases sociales con suficiente poder como para imponer sus intereses dentro del marco institucional político.⁴ Como lo observara originalmente Howard Becker,

Algunos sociólogos usan una conceptualización del comportamiento desviado basada en nociones médicas sobre la salud y la enfermedad. Miran a la sociedad, o algún segmento de la misma, y se preguntan si hay la ocurrencia de algunos procesos que tiendan a reducir su estabilidad —y que en consecuencia, pongan en peligro su existencia. Califican a esos procesos como desviados, o los identifican como síntomas de la desorganización social. (Estos sociólogos) discriminan entre aquellas características de la sociedad que promueven la estabilidad (y que, en consecuencia, son “funcionales”) y las otras que perturban tal estabilidad (y que, por lo tanto, son “disfuncionales”). Esta perspectiva tiene la gran virtud de apuntar hacia ciertas áreas de potencial problemática, y de las que podríamos no estar enterados. Pero es mucho más difícil en la práctica que en la teoría poder especificar qué es funcional y qué disfuncional para una sociedad o para un grupo... Hay facciones dentro de un grupo en desacuerdo que maniobran para hacer que sus propias definiciones sean las funciones aceptadas por el grupo. La función del grupo u organización es entonces decidida por el conflicto político —y esa decisión no está implícita en la naturaleza de la organización—... También es cierto que la problemática sobre cuáles reglamentaciones deben hacerse cumplir, cuál comportamiento debe considerarse desviado y quiénes deben “rotularse” como desviados (**outsiders**), debe considerarse de orden político. La perspectiva funcional limita nuestro entendimiento del comportamiento “desviado”, ya que ignora la dimensión política del fenómeno.⁵

La ofuscación biológica de la sociología de la “desorganización social y personal” le impide preguntarse, en primera instancia, quién, y en interés de qué grupo se impugna el apelativo de patológico para ciertas formas de comportamiento individual o colectivo. Por otra parte, su ahínco en el estudio de la población o el individuo “desajustado” no reside en entender su fenomenología

3 Harold Falding, “Functional Analysis in Sociology”, *American Sociological Review*, xxviii, no. 1, feb. 1963, pp. 5-13; Howard Becker, **Outsiders**, The Free Press of Glencoe, 1963.

4 Cfr. Richard Quinney, **The social reality of crime**, Boston, Little Brown and Co., 1970, p. 16.

5 Howard Becker, *op. cit.*, p. 7.

y "apreciar,"⁶ la complejidad del comportamiento humano. Su propósito es corregir; se guía por la etnocéntrica intención de encontrar una etiología individual o colectiva que le permita desarrollar terapias adecuadas para "curar" o "cercenar" el organismo social que se ha definido como patológico. De este modo, traiciona su vocación naturalista.⁷ Así lo ha notado con sensibilidad David Matza:

Quando el fenómeno de la desviación es estudiado desde la perspectiva correccional se incrementa considerablemente la posibilidad de perder el fenómeno —es decir, de reducirlo a aquello que no es. El propósito de querer desembarazarse del fenómeno de la desviación se manifiesta en su forma más clara en la abrumadora preocupación sobre sus causas o etiología... ¿Para qué preocuparse con descripciones detalladas y sutiles? Desde la perspectiva correccional, la tarea que tenemos por delante es localizar las raíces causales para extirparlas junto con su producto.⁸

Una vez que ha sido trasladada e institucionalizada en la esfera politicomilitar, esta sociología se caracteriza:

1. Por su énfasis en los peligros y patologías implícitas en el proceso de cambio social;
2. Por su plena identificación con el marco valorativo de la seguridad nacional norteamericana tal y como la define el Departamento de Defensa y la Comunidad de Inteligencia;
3. Por una extensión de la definición de lo patológico al área internacional, identificando este término con todo movimiento que trate de subvertir aquellas estructuras de poder compatibles con la seguridad nacional, y finalmente,
4. Por un continuo esfuerzo por descubrir y organizar un universo de discurso metalingüístico que permita programar, dentro de los organismos militares y de inteligencia a los que sirve, los métodos más eficaces para eliminar las fuerzas "disfuncionales" con respecto al orden nacional y supranacional existentes.

De acuerdo a lo expuesto hasta aquí, la "etiología de la patología revolucionaria" se distingue teóricamente por el predominio

6 Véase David Matza, *op. cit.*, pp. 15-40.

7 El concepto de "naturalismo" ha sido usualmente identificado con el método científico. Con Matza mantenemos que ésta es una confusión de lo accidental con lo esencial. La vocación naturalista no es hacia un método, sino hacia la naturaleza, a su fenomenología. (Desgraciadamente, aún fenomenólogos como Maurice Natanson implícitamente han aceptado la connotación accidental.) Véase David Matza, *Delinquency and Drift*, New York, John Wiley, 1964, pp. 1-32.

8 David Matza, *Becoming...* *op. cit.*, 1969, pp. 3-14 y 17. Para una extensa clarificación, véase John H. Randall, "The Nature of Naturalism", en Krikorian Yervant H., *Naturalism and the Human Spirit*, New York, Columbia Univ. Press, 1944, pp. 354-382.

de estudios y manifiestos académicos donde se subraya una preocupación sobre el **por qué** y el **cómo** de la insurgencia. Este desvelo o inquietud se articula a la literatura sociológica distinguiéndose por su notable incapacidad para desgajar los patrones de moralidad impuestos implícita o explícitamente por la seguridad nacional, y la descripción y análisis del fenómeno revolucionario. Nada podría ser más consistente con las necesidades operativas de esa seguridad que proponer, como lo hace el profesor Andrew C. Janos, que:

Una vez definido, el problema de la guerra interna puede atacarse de varias maneras. La primera pregunta que surge es, **¿por qué** ocurren las guerras internas?, interrogación ésta que puede contestarse en términos causales o funcionales. La segunda pregunta que luego viene en mente es sobre **¿cómo** se desarrollarán las guerras internas, qué patrones y variaciones (de las mismas) son posibles, y qué factores pueden tener relación con esas variaciones?⁹

Aquí deseo hacer hincapié en la importancia que estas observaciones tienen, por un lado, para el desarrollo "táctico" antiguerrillero, y por el otro para compenetrarse de importantes sesgos que empiezan a tipificar el comportamiento profesional del científico social norteamericano.¹⁰ Estos cambios pueden explicarse, en parte, como resultado de la correspondencia entre el espíritu correccional de la "etiología de la patología revolucionaria" y el marco institucional y económico dentro del cual se desenvuelve esa sociología. A su vez, esta consistencia impulsa una definición profesional del sociólogo, caracterizada por su autocontemplación, como Egerea ninfa:

Nuestra dificultad para poder proporcionar consejos cabales —apunta Lucian W. Pye—, se relaciona directamente con las insuficiencias de nuestro conocimiento sobre las causas de las insurrecciones y las rebeliones... Éste fue también un problema central para Maquiavelo.¹¹

B. Metodología

La dimensión etiológica se distingue desde el punto de vista **metodológico** por el esfuerzo masivo de clasificar, identificar e

9 Andrew C. Janos, "Authority and Violence: The Political Framework of Internal War", en Harry Eckstein, **Internal War Problems and Approaches**, The Free Press of Glencoe, 1964, p. 139.

10 Para una discusión y ejemplificación de las dimensiones institucionales del fenómeno en consideración, véase Irving L. Horowitz, "Social Science Yogis and Military Commissars", **Transaction**, vol. 6, núm. 6, mayo de 1968, pp. 29-38.

11 Lucian W. Pye, "The Roots of Insurgency and the Commencement of Rebellions" en Harry Eckstein (Comp.), **Internal War**, op. cit., pp. 157-179.

interpretar aquellos aspectos de la literatura revolucionaria y de los acontecimientos y procesos históricos revolucionarios que se consideran importantes para activar anticuerpos contrarrevolucionarios. Estas estrategias y programas militares se someten regularmente a un examen sistemático del "costo" o "beneficio" táctico, es decir, a una prueba de su eficacia para llevar a cabo las exigencias de la seguridad nacional.¹²

En otras palabras, la "etiología de la patología revolucionaria" procede del estudio exhaustivo de diversas experiencias revolucionarias. De ellas se extraen y sistematizan una serie de principios que se utilizan para explicar la "dinámica revolucionaria".¹³ Se analizan sus causas, elementos constitutivos, interrelación entre las partes estratégicas que la configuran, construcción de modelos hipotéticos para determinar las consecuencias de diversas acciones e interpretación de las mismas dentro del contexto de los principios que guían la seguridad nacional norteamericana.

En este proceso se hace uso extensivo del método de análisis de sistemas que impulsó, dentro de la estructura militar norteamericana, el ex ministro de Defensa Robert S. McNamara. En términos simplificados, el análisis de sistemas intenta crear modelos a partir de los datos que pertenecen a un problema dado y con las relaciones mutuas de estos factores. Luego se insertan los informes que se juzguen apropiados con el fin de proyectar las probabilidades de ocurrencia de distintas acciones operantes dentro del modelo. La meta es elaborar, tan eficazmente como sea posible, aparatos logísticos que permitan la predicción (probabilística) de ciertos comportamientos que tengan importancia estratégica.¹⁴

La consideración de los delineamientos y dilemas metodológicos de estos estudios facilita, en primer término, la comprensión sobre sus limitaciones y, en segundo, sobre algunos de los rasgos sobresalientes del medio social en que laboran estos investigadores. Por otra parte, nos estimula a "apreciar" el espíritu correcional incuestionable de sus esfuerzos. El trabajo patrocinado por el Departamento del Ejército, titulado **Infraestructura de la Insurgencia Comunista en Vietnam del Sur: Un Estudio de su Organi-**

¹² Charles Wolff, y Nathan Leites, **Rebellion and Authority: An Analytic Essay on Insurgent Conflicts**, Chicago, The Rand Corporation, Markham Series in Policy Analysis, Markham Publishing Company, 1970, pp. 28-47.

¹³ El ejemplo clásico de la literatura dedicada al análisis de la "etiología de la patología revolucionaria" es, desde luego, el trabajo de Brinton, Crane, **The Anatomy of Revolution**, New York, Vintage Books, 1957.

¹⁴ Véase Air Force Academy, **Unconventional Warfare**, Colorado, December, 1962, Report N. 58522 (AD-296-073).

zación y Estrategia,¹⁵ es un buen punto de partida. De acuerdo con su autor, este voluminoso esfuerzo se dedicó en primer lugar a describir la infraestructura del movimiento insurgente de Vietnam del Sur, cubriendo el periodo 1954-1965.¹⁶ En segundo, al análisis político, sociopsicológico, económico y paramilitar de la estrategia revolucionaria, encaminada a “desplazar la estructura formal del país con las agencias de una nueva estructura administrativa sobre la cual **se podría construir un futuro régimen totalitario**”.¹⁷ Finalmente, la investigación trata de analizar la dinámica revolucionaria dentro de un contexto convencional militar por medio de un examen detallado, en términos de toda la gama de organizaciones insurgentes, de las múltiples actividades que en conjunto constituyen la amenaza real al orden establecido. La arrogación correccional de este estudio tiene tres pivotes generacionales:

1. La dimensión etiológica con su implícita propensión terapéutica;

2. La “rotulación” (**labeling**) del movimiento insurgente dentro de la ortodoxia o cánones convencionales de la seguridad nacional, y

3. La acostumbrada reiteración a la fuente contratante de que la empresa del científico social añade robustez al enérgico músculo militar.

La propensión del investigador social a identificarse y valorar la “sabiduría convencional” de la institución que compra sus servicios es frecuente en otras áreas de actuación profesional (verbigracia investigaciones de mercado o evaluaciones de eficacia administrativa para grandes corporaciones públicas o privadas). Adicionalmente, el especialista en la contrarrevolución funciona desde una situación institucional y social donde existe un acentuado manejo y control sobre la información que tiene a disposición; es decir, el problema metodológico central de este tipo de sociología reside en la presencia, poco comfortable, de numerosos filtros y otros mecanismos institucionales por medio de los cuales se tramita gran parte de la información **sobre el medio exógeno que ese científico debe analizar**. Por ejemplo, en el estudio antes citado, las fuentes de información, según apunta el autor, consistían primordialmente en:

- a) Documentos capturados al enemigo que tendrían difusión —normalmente— sólo entre la jerarquía alta y mediana del partido revolucionario (FLN);

15 Michael Ch. Conley, **The Communist Insurgent Infrastructure in South Vietnam: A Study of Organization and Strategy**, Washington, Center for Research and Social Systems, The American University, 1966.

16 *Ibid.*, p. v.

17 *Ibidem*.

b) Documentos del mismo origen que el antes apuntado, pero utilizables en las organizaciones de masas o unidades militares;

c) Autocríticas provenientes de individuos que pertenecen a la estructura íntima del partido, realizadas durante reuniones de célula o en grupos civiles y militares más amplios;

d) Artículos publicados por la prensa norvietnamita como **Hoc Tap** (Estudios) y **Nhan Dan** (El Pueblo); declaraciones gubernamentales, libros y transmisiones radiales;

e) Informes de inteligencia, evaluaciones de documentos capturados elaboradas por la sección de inteligencia, **debriefings** y transcripciones evaluadas de los interrogatorios de prisioneros de guerra (“personal enemigo capturado en o fuera de uniforme, es decir, con o sin insignias militares visibles o actividades militares autenticables”)¹⁸ por los sectores de inteligencia militar norteamericana;

f) Libros, monografías y ensayos en revistas especializadas sobre Vietnam;

g) Literatura sobre actividades subversivas comunistas.

De todas estas fuentes, dice el autor, aquellas que recibieron un estudio más intenso y un uso más frecuente fueron las tres primeras categorías y la categoría e).¹⁹ Consecuentemente, el núcleo informativo de más peso en el estudio es el tramitado por los canales de inteligencia de la burocracia políticomilitar que conduce y administra la contra-insurrección. Las probabilidades de quedar atrapado ideológicamente se fecundan con aquéllas de permanecer metodológicamente cautivo, o informativamente dependiente:

Otro problema metodológico que confrontó el autor en la elaboración del trabajo fue la inhabilidad para determinar en forma uniforme el grado en que el comportamiento insurgente se aproximaba a las metas establecidas en los documentos capturados.²⁰

La naturaleza del fenómeno excluye o limita severamente la realización de observaciones participantes. Éstas se reducen a la obtención de datos provistos por informantes y el aparato de espionaje, o se ciñen a visitas a los campos de concentración donde, por medio de la interacción con el enemigo, el científico social pueda hacer averiguaciones directas. Estas interacciones fluctúan desde sesiones amistosas o informales, hasta rigurosos —y usualmente violentos— métodos de interrogación. Dadas las circunstancias, en el nivel más intenso de coerción, el científico

18 *Ibid.*, p. vi.

19 *Ibidem.*

20 *Ibid.*, p. vii.

social nunca sabe, con certeza, si las opiniones o actitudes del insurgente son válidas y representativas. Para escapar al dolor de la tortura, el ser humano tiende naturalmente a comprometer sus principios ideológicos o deja saber al torturador lo que la víctima estima que éste desea corroborar o documentar.

Aun con esta grave limitación metodológica, la tortura, en criterio de los especialistas en la materia, es un útil instrumento para el esfuerzo contrarrevolucionario, ya que las probabilidades de extraer información estratégica siempre existen y deben maximizarse. Para Nathan Leites y Charles Wolff, de la Rand Corporation,

La víctima de torturas para extraer información estratégica nunca tiene plena seguridad de que el dolor cesará si habla; pero sí está segura de que (la tortura) no cesará hasta que lo haga. Amenazado por un daño sobre el cual en todo caso no tiene protección, el blanco (**the target**, es decir, la víctima) puede desarrollar la reacción antes anotada: mejor evitar todo lo que yo pueda predeciblemente escapar (**better avoid all that I can predictably escape!**).²¹

Otro marco interactivo entre el investigador y su objeto de estudio a un nivel más bajo de coerción lo ofrece el uso del "polígrafo" o "detector de mentiras". Este instrumento, que ha recibido un extenso uso en el sistema correccional norteamericano, se encamina a medir las respuestas fisiológicas relacionadas con el engaño o decepción. Los investigadores han tropezado con serias limitaciones en su empleo para la contrarrevolución. Las quejas que surgen y las restricciones apuntadas son de extraordinaria semejanza a las observadas recientemente por los especialistas en delincuencia juvenil y criminólogos en los Estados Unidos.²²

El instrumento funciona en parte bajo el supuesto de que el sujeto se defina a sí mismo y a su comportamiento como criminales; es decir, con la conciencia de que ha violado un precepto moral. El problema con el "insurgente" de los países subdesarrollados —afirman los expertos— es que no siente que ha violado ninguna prescripción moral; es decir, que no ha internalizado la "rotulación" de que su comportamiento revolucionario y político es un "problema social" que debe ser juzgado dentro de los cánones imperantes en la criminología.²³

21 Charles Wolff y Nathan Leites, *op. cit.*, pp. 104-105.

22 E. Floch, "Limitations of the Lie-Detector", *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, XL, 1950, pp. 651-653.

23 Cfr. Andrew Molner & Adrian Jones, "The Use and Evaluation of a Personnel Discriminator in Counterinsurgency", *S.O.R.O.*, Washington, D. C., septiembre 1963.

La paulatina desaparición de los rasgos distintivos tradicionales entre los problemas "correccionales" y el comportamiento político y cultural de diferentes sectores de la población norteamericana, también ha generado confusión y quejas, y limitado considerablemente la eficacia de los mecanismos tradicionales de "detección" y terapia. Para Lewis Yablonsky, por ejemplo, las nuevas expresiones culturales que configuran el fenómeno "jipi" demandan una reestructuración cabal de la administración judicial y de las técnicas de rehabilitación. Esta situación ha sido creada por el hecho de que los participantes en estas "culturas" cotidianamente violan la ley como parte del curso normal de su comportamiento:

A pesar de estas pautas de comportamiento acentuadamente ilegales, ellos casi uniformemente... no se consideran a sí mismos como violadores de la ley. Tradicionalmente, los delincuentes han aceptado —como un mínimo— el hecho de que ellos son "desviados" o "delincuentes". Este factor provee los ingredientes mínimos necesarios para corregir su comportamiento. La gente joven de la cultura "hip" no acepta ningún concepto o **status** de delincuente.²⁴

Esta situación, insiste Yablonsky, complica severamente no sólo las terapias y metodologías correccionales, sino también la misma administración legal de este nuevo "problema social".²⁵

Ni los elementos política o culturalmente marginalizados dentro del estado metropolitano, ni los insurgentes del Tercer Mundo se comportan bajo la "rotulación" contrarrevolucionaria o correccional. Como los psicópatas o neuróticos, o los mentirosos patológicos, los insurgentes "tampoco reaccionan característicamente".²⁶ De aquí, que:

En general, el polígrafo es aceptado como un complemento y no un sustituto de otras técnicas de investigación. En la contrainsurrección, el polígrafo puede ayudar a las fuerzas de seguridad para localizar depósitos de municiones o suministros, para detectar actividades insurgentes por parte de individuos y potencialmente para adquirir "contactos" para el espionaje (inteligencia).²⁷

24 Lewis Yablonsky, "The Hippie Phenomenon: Some Legal and Correctional Issues", *Federal Probation*, vol. XXXIII, núm. 4, december 1969, p. 12. Véase el libro del mismo autor: *The Hippie Trip*, Pegasus, 1968.

25 *Ibid.*, pp. 12-17.

26 Véase Andrew R. Molnar, John D. le Noir y Jerry M. Tinker, "Countermeasure Techniques", en Jerry M. Tinker (Comp.), *Strategies of Revolutionary Warfare*, New Delhi, S. Chand & Co, Ram Nagar, 1969, pp. 295-329.

27 Molnar, et al., *op. cit.*, p. 329.

La pacificación y la acción cívica facilitan oportunidades para la "observación participante", pero en este caso también se trata de estructuras sociales bajo el intenso control gubernamental, y el contacto con los campesinos "pacificados" (al menos durante el día) limita considerablemente la observación del comportamiento revolucionario. Un especialista en la materia afirma que

La técnica que se usa frecuentemente en la interrogación de grandes números de personas, es la creación de un cordón de seguridad alrededor de la aldea, y arrendando a todos sus miembros, se les interroga individualmente.²⁸

La esperanza de este procedimiento reside en proveer la anonimidad necesaria para proteger a los informantes de identificación por parte de las fuerzas insurgentes.

Debido a que mucha de la información —sea por la "observación participante", sea por la documentación— es generada por el uso de situaciones interactivas "extra-normales" (es decir, la tortura, el espionaje, operaciones militares secretas, etcétera), los estudios sobre la "etiología de la patología revolucionaria" en Vietnam del Sur se distinguen por la frecuente advertencia "metodológica" de que:

Ha sido especialmente crítico a este estudio el someterse rígidamente a los principios metodológicos aquí descritos, debido a que no nos es posible colocar al lector en una posición desde la cual él pueda investigar independientemente todas las fuentes citadas o usadas en la investigación y así pueda llegar a conclusiones distintas a las aquí presentadas. A través del texto, todo material citado aparece sin atribución.²⁹

El carácter "extra-normal" —verbigracia el uso de datos obtenidos en situaciones sobre las que se imponen fuertes medidas de seguridad y el manejo de informes confidenciales o secretos— aumenta en forma considerable las probabilidades de que el investigador quede "encapsulado" en términos ideológicos, metodológicos e informativos y que, en consecuencia, su análisis responda fundamentalmente a las necesidades y "definición de la realidad" de la administración de la seguridad nacional. Más aún, la naturaleza "extranormal" del marco institucional desde el cual opera, también tiende a "definir la situación" entre el investigador y su audiencia no-gubernamental dentro de un fuerte contexto paternalista, situación que a su vez limita considerablemente su res-

28 Molnar. *op. cit.*, pp. 326-327.

29 Michael Conley. *op. cit.*, p. vii.

ponsabilidad, si no moral, ciertamente científica o metodológica. Toda posible reacción crítica cabal se limita hasta cierto punto a la comunidad de aquellos que comparten el **statu político** del investigador; es decir, aquel sector de la comunidad norteamericana de las ciencias sociales en posesión de "salvoconductos de seguridad" (**security clearance**).

Y bien puede argumentarse que los científicos sociales que llevan a cabo su erudita gestión para y dentro de los cánones establecidos por la administración de la seguridad nacional tienen a su vez sus propios intereses que proteger y articular ante la fuente contratante de sus servicios. La imposibilidad de un escrutinio objetivo y frío de sus investigaciones estimula del mismo modo su "encapsulamiento", ya sea individual o como partícipe de una comunidad "informativamente" privilegiada. El peligro de estos privilegios es claro: ese "científico" social y su trabajo son una principal e imprescindible porción de un engranaje institucional que tiende a **crear** su propia realidad dentro del marco de una profecía autocumplida.

Los favoritismos informativos de que goza este científico social contribuyen de igual manera a intensificar —y substancialmente a comprometer, aún físicamente— los lazos entre el investigador y la comunidad administradora de la seguridad nacional; él es partícipe —y creador en ciertos casos— de los secretos de Estado.

Las observaciones teóricas y metodológicas hasta aquí indicadas quizá ayuden a explicar la virtual imposibilidad de encontrar en la literatura proveniente de esa comunidad de científicos sociales, posiciones empáticas con los insurgentes del Tercer Mundo. Y ahora que la atención de estos grupos profesionales se ha volcado también al análisis de la insurgencia metropolitana, sus proposiciones características se dirigen al control de grupos minoritarios, raciales y académicos.³⁰ La falta de contacto con su objeto de estudio explica parcialmente el resultado arriba anotado.

Debe advertirse que pese a todas las limitaciones antes mencionadas, las recomendaciones de estos estudiosos reciben nuestra más seria consideración, no tanto dentro del contexto de su valor científico o teórico, sino más bien en relación a la trabazón política desde la cual opera esta élite sociológica. Ellos tienen el oído de los altos consejos de decisión. Por parte de esa congregación de investigadores, la conciencia de esta particularidad tiende a su vez a incrementar de forma notable su compromiso moral con la perspectiva correccional de la seguridad nacional, condi-

30 Charles Wolff. *op. cit.*

ción que parcialmente explica el espíritu pedestre de muchas de sus proposiciones.

El profesor Conley, autor del estudio que se usó para ejemplificar, después de 469 páginas de detalladas descripciones, ofrece una sola conclusión: "La única forma de detener la insurgencia es aplastando al FLN de una vez y por todas",³¹ planteamiento y remate al que muy posiblemente haya llegado más de un sargento o soldado raso... El punto debería de clarificarse más. No estamos tratando con científicos sociales en el sentido usual del término, sino con especialistas en la violencia o terror militar al nivel de guerra de guerrillas (rurales y urbanas). Estamos frente a una comunidad de "mentes militares con **status** civil",³² y como tales, muchos de sus pensamientos tienden a reflejar el estilo llano o tosco que caracteriza a la cultura militar norteamericana. El que esta comunidad de "nuevos civiles militaristas"³³ —con sus argumentos y propuestas tácticas— haya surgido bajo el impulso de argumentos humanistas y liberales, es sólo testimonio de la alta sensibilidad de la "etiología de la patología revolucionaria" a la infraestructura ideológica y los aconteceres históricos dentro de los que se gestó.

Así como la doctrina de la respuesta masiva generó sus Henry Kissinger, Herman Kahns y Edward Tellers, la doctrina de la respuesta flexible adoptada por el gobierno de Kennedy iría a generar también un cuerpo de especialistas —menos conocidos y sin el glamor publicitario de aquéllos— que laborarían al otro extremo del **spectrum** de los conflictos militares.

C. Historia e infraestructura ideológica

Desde el punto de vista **histórico**, la inclinación "correccional" o "profiláctica" de estas investigaciones se halla afectada en gran medida por las presiones ideológicas que ejerció el grupo de asesores politicomilitares del gobierno Kennedy. En realidad, el significado epistemológico de la doctrina de la etiología y profilaxis contrarrevolucionaria resalta con mayor nitidez cuando vemos que está estrechamente ligada a las características inmanentes al pensamiento liberal.

Inspirada en los mismos valores liberales y humanitarios que en décadas anteriores fortalecieron e impulsaron los estudios

31 Conley, *op. cit.* p. xviii.

32 Un análisis sobre este fenómeno se encuentra en I. L. Horowitz, **The War Game**. New York, Ballantine Books, 1963. El concepto aquí citado de "mentes militares con **status** civil" es desarrollado por el autor en referencia a los especialistas en los más altos tipos de conflicto militar, es decir, al nivel de la guerra termonuclear.

33 Véase I. L. Horowitz, *op. cit.*, pp. 11-28.

etiológicos —y el mismo movimiento correccional— en los Estados Unidos, la administración Kennedy apresuró la elaboración de métodos de profilaxis para impedir la insurgencia. La situación que demandaba dicha medida era la incidencia revolucionaria de la década de los cincuentas, localizada en las zonas periféricas al sistema capitalista mundial, y el deseo de evitar, en la medida de lo posible, la intervención militar directa. Parte de la responsabilidad de investigación social requerida en estas tareas fue asignada a la oficina para Investigaciones Estratégicas de la American University (Strategic Operations Research Organization, S.O.R.O.), en Wáshington, D. C., reorganizada ahora como un instituto independiente debido a la protesta estudiantil norteamericana sobre este tipo de involucramiento académico con la administración de la seguridad nacional. La primera directiva de la administración demócrata extendió las actividades de esta entidad, que hasta entonces se había limitado a llevar a cabo estudios de guerra psicológica en países comunistas, a todos los del Tercer Mundo por contrato especial con el Departamento del Ejército del Ministerio de Defensa.³⁴

El Proyecto Camelot fue sólo uno entre muchos de los esfuerzos del S.O.R.O. para

elaborar procedimientos que determinen el potencial de guerra interna en ciertas sociedades desarrolladas y subdesarrolladas, al mismo tiempo que la identificación, con cierto grado de precisión, de aquellas acciones que todo gobierno debiera tomar **para controlar las condiciones que conduzcan a la subversión.**³⁵

34 Véase, Special Operations Research Office, American University, **Psychological Operations Bibliography**, AD-446-444, august, 1964. Para conocer un análisis crítico proveniente de un ex-asesor del S.O.R.O., véase, Ritchie P. Lowry, "Toward a Sociology of Secrecy and Security Systems", **Social Problems**, vol. 19, n. 4, spring, 1972. Otros pronunciamientos relevantes se encuentran en Lewis Coser, "The Dysfunctions of Military Secrecy", **Social Problems**, 11, Summer, 1963, pp. 13-22; Gene M. Lyons, **The Uneasy Partnership: Social Science and the Federal Government in the Twentieth Century**, New York, Russell Sage Foundation, 1969; Edward A. Shils, **The Torment of Secrecy**, The Free Press, New York, 1956.

35 I. L. Horowitz (Comp.), **The rise and fall of Project Camelot**, M.I.T. Press, Cambridge, Mass., 1967; Gideon Sjoberg, "Project Camelot: Selected Reactions and Personal Reflections", en Gideon Sjoberg (comp.), **Ethics, Politics and Social Research**, Cambridge, Schenkman Publishing Co., 1967; Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, **Behavioral Sciences and the National Security**, Report No. 4 together with Part ix of the Hearings on Winning the Cold War: The U.S. Ideological Offensive by the Subcommittee on International Organizations and Movements, January 25, 1966, U.S., Wáshington, D. C., Government Printing Office, 1966. Para una discusión pormenorizada y lúcida consúltese Irving Louis Horowitz, **Foundations of Political Sociology**, New York, Harper and Row, 1972, pp. 369-472, próximo a aparecer en español en editorial Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

El objetivo de los proyectos de la época Camelot consistió esencialmente en identificar e investigar los factores sociales que tienden a precipitar o inhibir la insurgencia, al mismo tiempo que desarrollar modelos de profilaxis que puedan prevenirla. Estos objetivos fueron puestos de manifiesto en el comunicado oficial del Proyecto Camelot, donde se insistía que éste intentaba hacer

una evaluación de la posibilidad de desarrollar e implementar un modelo dinámico de sistemas sociales que permitiera: a) identificar los indicadores de condiciones y tendencias sociales que, de continuar presentes, probablemente conducirían a una guerra interna; b) determinar los probables efectos que ciertas medidas de parte de los gobiernos locales ejercen sobre los procesos sociales y culturales, para así controlar esas tendencias.³⁶

Los estudios de este tipo reflejan la postura politicomilitar propuesta por el Comité Draper durante el gobierno de Eisenhower, posición que fue vigorosamente impulsada por los liberales de Nueva Inglaterra al endosar los programas de contrainsurrección y acción cívica militar. En estos programas militares y de investigación sociológica se aglutinaron, por un lado, la tendencia de la "sociología de la desorganización social y personal" de mudar los agentes punitivos de control social en instrumentos de rehabilitación,³⁷ y por el otro, la compasión liberal expresada en el denodado esfuerzo por encontrar las causas de los problemas sociales y ofrecer soluciones. La insurgencia en el Tercer Mundo era básicamente "un problema social" para los Estados Unidos, y como tal, dentro de los criterios y aficiones liberales, deberían agotarse todas las posibilidades rehabilitativas antes de iniciar acciones punitivas (intervención militar directa). A los cuerpos de paz y en particular a los establecimientos militares locales se les consignó, por medio de la acción cívica, la función de "trabajadores sociales" en el contexto de un programa terapéutico global de corrección.

De conformidad con lo hasta aquí expuesto, la raigambre teórica y metodológica de los estudios sociológicos de la camada Camelot se halla estrechamente entrelazada con la cepa ideológica liberal y positivista: los individuos y las sociedades generan una "predisposición" a ciertas formas de comportamiento aberrante o patológico como resultado de la **circunstancia** social, económica, política, etcétera; de aquí se entiende que Camelot deseara desarrollar una sintomatología dentro de modelos dinámicos para detectar la propensión de algunas sociedades hacia la guerra

³⁶ *Ibidem.*

³⁷ C. Horowitz y Liebowitz, *op. cit.*, p. 1.

interna. La lógica, la teoría y el diseño de estas investigaciones se orientaban a localizar "las regularidades en la ocurrencia de esas circunstancias". Esto permitiría determinar cuáles sociedades tienen mayor inclinación a la guerra interna y, al diferenciarlas de aquéllas con menos proclividades, poder obtener el conocimiento adecuado para la intervención terapéutica. En suma, se trataba de elaborar modelos logísticos que permitieran explicar esas diferencias; o sea, el desarrollo de una' sintomatología dentro de un marco de principios teóricos coherentes.³⁸

Con recíproca anuencia y entusiasmo, los representantes de las ciencias sociales y la administración Kennedy proyectaron al campo internacional su correlación favorita:³⁹ aquélla entre la pobreza (grado de desarrollo) y la patología (propensión o incidencia revolucionaria).⁴⁰ En verdad, éste ha sido uno de los pivotes centrales sobre los que ha girado el quehacer sociológico norteamericano (que ha servido para articular el programa de asistencia militar), y puede encontrarse desde los manifiestos teóricos y estudios empíricos de la Escuela de Chicago,⁴¹ hasta su continuación en el presente, por medio de la escuela estructural funcional.⁴² La existencia de un evidente consenso entre ideólogos y administradores liberales en lo tocante a la correlación favorita permitió la recíproca fertilización que daría energía y legitimidad científicoacadémica a la contrainsurrección y su ejecución por medio de programas como la "acción cívica", que enfatizarían la intensificación del "uso 'no-militar' de los militares"

Con frecuencia —y certeza— se arguye que la creación de importantes modelos teóricos sobre la delincuencia juvenil de investigadores contemporáneos como Albert Cohen, Richard

38 Consúltese sobre el particular, Arnold S. Feldman, "Violence and Volatility: The Likelihood of Revolution", *Internal War*, Harry Eckstein (Comp.), *op. cit.*, pp. 111-129.

39 Para detalles véase David Matza, *Becoming deviant*, *op. cit.*, pp. 90-100.

40 La literatura que proliferó bajo este impulso llega hasta nuestros días, aunque este estudio ideológico ha sido superado por la línea dura con la llegada de los conservadores radicales al poder. Acerca de la perspectiva arriba apuntada, véanse Guy J. Pauker, *Notes on Non-Military Measures in Control of Insurgency*, Santa Mónica, California, The RAND Corporation, oct. 1962; Philip M. Hauser, "Cultural and Personal Obstacles to Economic Development in the Less Developed Areas", *Human Organization*, xviii, núm. 2, 1959, pp. 78-84; Lucian W. Pye, "The Social and Political Implications of Community Development", *Community Development Review*, v, diciembre 1960, pp. 1-21; Daniel Lerner and Richard D. Robinson, "Swords and Ploghshares: The Turkinsh Army as a Modernizing Force", *World Politics*, xiii, núm. 1, 1960, pp. 19-44.

41 Consúltese sobre el particular a: Leon Bramson, *The Political Context of Sociology*, Princeton, Princeton University Press, 1961, esp. pp. 73-95. Véase también C. Wright Mills, "The Professional Ideology of Social Pathologists", *American Journal of Sociology*, vol. 49, núm. 2, sept. 1943.

42 Robert Merton, *Social theory and social structure*, The Free Press of Glencoe, 1957; David Matza, *op. cit.*, pp. 94-100.

Cloward y Lloyd Ohlin,⁴³ proceden de la propuesta teórica sobre la estructura social y la anomia de Robert K. Merton:

La distribución de **status** por medio de la competencia debe organizarse de tal manera que se otorguen incentivos positivos por la adherencia a las obligaciones de **status**. Estos incentivos deben proveerse a todas las posiciones dentro del orden distributivo. De otra forma, como se mostrará claramente enseguida, surge el comportamiento aberrante. **Mi hipótesis central es que el comportamiento aberrante puede ser visto sociológicamente como un síntoma de disociación entre aspiraciones culturalmente prescritas y las avenidas socialmente estructuradas para realizar estas aspiraciones.**⁴⁴

Y la fórmula general empleada en la articulación doctrinaria del programa de asistencia militar aprovecharía esa propuesta para el desarrollo estratégico y táctico contrarrevolucionario. En forma similar a la mertoniana, Robert S. McNamara articulaba la idea en los siguientes términos:

El desarrollo significa progreso económico, social y político. Significa un **standard** de vida razonable, y "razonable" en este contexto requiere una continua redefinición. Lo que es razonable en un estadio inicial, no es razonable en otra etapa subsecuente. Conforme progresa el desarrollo, también la seguridad progresa... **Todo fracaso en realizar dolorosas pero esenciales reformas conduce, inevitablemente, a la violencia revolucionaria, que es más dolorosa.** Nuestra ayuda económica ha sido diseñada para ofrecer una alternativa razonable a esa violencia. Ha sido diseñada para ayudar a sustituir el trágico conflicto interno con el progreso pacífico.⁴⁵

Mucha de la exaltación que caracterizó a los primeros años de la década anterior se debe a que esta compatibilidad entre el vigoroso aliento liberal y las ciencias sociales se conciliaban en los programas timoneados por McNamara bajo la aquiescencia militar de la doctrina de la respuesta flexible.

D. La respuesta flexible

En efecto, tanto el general Maxwell Taylor y Robert McNamara como Walt W. Rostow, McGeorge Bundy y Roger Hilsman, propo-

43 R. Cohen, **Delinquent boys**, New York, The Free Press of Glencoe, 1955; Cloward & Ohlin, **Delinquency and opportunity**, The Free Press of Glencoe, 1960.

44 R. Merton, *op. cit.*, p. 134.

45 R. McNamara, **The essence of security**, Nueva York, Harper & Row, pp. 150-152. (Negritas son mías.)

nían que para alcanzar plenamente las metas de la Doctrina Truman (es decir, contener cualquier formación de poder internacional que amenazara la hegemonía global norteamericana) era indispensable revisar, reestructurar y reformar de inmediato las configuraciones estratégicas e ideológicas que hasta entonces habían guiado la política exterior norteamericana: el macartismo y la doctrina de la respuesta masiva propugnada por el secretario de Estado, John Foster Dulles. El macartismo no sólo ofendía la sensibilidad liberal del grupo recién llegado al poder, sino que había restringido el desarrollo de doctrinas compatibles con el creciente intervencionismo y la expansión económica y militar. Por otro lado, se percibían ya los primeros indicios de fuertes tensiones internas en el bloque chino-soviético, hecho que fue debilitando la concepción del movimiento comunista como un ente monolítico hostil.

Por su parte, la doctrina de la respuesta masiva fue incapaz de crear un aparato militar y de inteligencia que, además de enfrentarse a una guerra termonuclear, pudiese frenar con éxito los movimientos de liberación nacional en las periferias. El nacionalismo de estas zonas, tan proclive a desarrollos económicos y políticos autónomos, resultaba "problemático" (o disfuncional) a los intereses del capitalismo organizativo, que se expandió después de la Segunda Guerra Mundial bajo el liderato norteamericano.

Por otro lado, la paranoia anticomunista que azotó a los Estados Unidos y a sus dependencias durante la década de los años cincuenta y los diversos grados de intensidad con que se presentó en los inmediatos, restringió notablemente la definición de las doctrinas imperiales. La expansión política, económica y militar norteamericana empezaba a agotar las posibilidades y la credibilidad de las doctrinas de contención, racionalizadas bajo la inspiración de la guerra fría.

Siguiendo los nuevos derroteros estratégicos propuestos inicialmente por el general Maxwell Taylor,⁴⁶ el presidente Kennedy, en su primer mensaje sobre los asuntos militares, afirmaba ya que "la seguridad del mundo libre está amenazada no solamente por la posibilidad de un ataque nuclear, sino también por medio de su lento desgaste en las periferias, pese a nuestro poderío estratégico —esta amenaza— proviene de las fuerzas de subver-

46 **The Uncertain Trumpet**, New York, Harper & Brothers, 1959. En especial, "The Great Fallacy", "The Making of Our Military Strategy" y "Flexible Response, A New National Military Program". En este trabajo aparece su ensayo "Security Through Deterrence", originalmente enviado a la revista **Foreign Affairs** en la primavera de 1956 y cuya publicación fue rechazada por sugerencia tanto del departamento de Estado como del de Defensa. Estos organismos estaban todavía bajo la tutela ideológica de la doctrina propugnada por Foster Dulles.

sión, infiltración, intimidación, agresión indirecta, revolución interna, chantaje diplomático, guerra de guerrillas o una serie de guerras limitadas".⁴⁷ Con estas palabras se inició una revitalización masiva de los recursos técnicos, humanos y administrativos del Departamento de Defensa al nivel de guerra limitada y "sub-limitada" (verbigracia infiltración, revolución interna, guerra de guerrillas, etcétera).

Al seguir los fundamentos establecidos por el Comité Draper,⁴⁸ el gobierno de Kennedy intentó:

- a) desarrollar los medios para afianzar las defensas del bloque occidental;
- b) reforzar los aliados y amigos para proteger y aumentar la seguridad nacional norteamericana y los intereses de la política externa, y
- c) mejorar económicamente y desarrollar el bloque según los intereses supremos de las corporaciones transnacionales y de la seguridad nacional.

Sin embargo, en consonancia con estos lineamientos, el nuevo gobierno redefiniría su contexto (estratégico-táctico) y doctrinario, tanto en la dimensión político-militar como en la social-económica. Desde la perspectiva militar, Kennedy adoptó la doctrina estratégica de la respuesta flexible, brillante y combativamente articulada por el general Maxwell Taylor durante la administración Eisenhower. En su fundamento, la estrategia de Taylor significaba una notoria ampliación del marco de alternativas de acción militar disponibles al Poder Ejecutivo. En su nítida argumentación, Taylor notaba que la doctrina de la respuesta masiva ceñía los grupos dirigentes a dos opciones poco apetecibles: la retirada militar acompañada por la humillante reducción de la influencia polícomilitar o la irracional devastación que significaba una escalada termonuclear total. Taylor proponía que una estrategia que ofrecía tal pobreza en las opciones debía abandonarse y que, en consecuencia, se debería iniciar una revisión de todos los requerimientos estratégicos y tácticos de los Estados Unidos. Haciendo eco a su principal consejero militar, el presidente Kennedy, en un mensaje a la Cámara de Diputados, afirmaba que:

Nuestra estrategia militar debe ser lo suficientemente flexible y controlable como para estar en consonancia con nuestros esfuerzos en explorar todas las posibilidades, y así estar

47 John Kennedy. *Recommendations relating to our defense budget*. HR Doc. No. 123, Congress, Washington, GPO, 1961. pp. 1-2.

48 Véase *The Composite Report of the Presidents Committee to Study the United States Military Assistance Program*, Washington, D. C., G.P.O., 1959.

en posición de tomar medidas que disminuyan las tensiones y lograr, en consecuencia, soluciones pacíficas y asegurar la limitación armamentista.⁴⁹

Más tarde, en su mensaje presidencial de 1962, Kennedy hacía hincapié en la necesidad de forjar instrumentos militares capaces de explorar “todas las posibilidades” en el **espectrum** de la respuesta y la iniciativa militar, y añadía que:

...nuestra fortaleza puede necesitar acreditación en muchos niveles. Nosotros intentamos tener la capacidad de resistir en cualquier momento ataques no-nucleares o limitados. Esta capacidad es un complemento y no un sustituto de nuestra capacidad nuclear. Hemos rechazado toda postura que limite nuestras opciones a la humillante retirada o a la respuesta-nuclear-ilimitada.⁵⁰

Por su parte, el general Taylor había expresado anteriormente su incisiva crítica sobre la ineficacia e inconveniencia de la doctrina de la respuesta masiva en los siguientes términos:

En su apogeo, la respuesta masiva podía solamente ofrecer dos alternativas a nuestros líderes: el principio de una guerra nuclear general o el compromiso y la retirada. Desde su comienzo han ocurrido muchos acontecimientos mundiales que hacen dudar de su validez y exponen su naturaleza falaz. Una guerra convencional y limitada como la de Corea, llevada a cabo cuando los Estados Unidos tenían el monopolio atómico, es una clara refutación de su eficacia universal. Y todas las demás guerras limitadas que han ocurrido desde 1945 —la guerra civil en China, la guerra de guerrillas en Grecia y Malaya, Vietnam, Taiwan, Hungría, el Cercano Oriente y Laos, para mencionar sólo unas pocas— son clara evidencia de que, mientras nuestra estrategia de respuesta masiva pudo haber prevenido la Gran Guerra —la Tercera Guerra Mundial— ha sido incapaz de mantener la Pequeña Paz; es decir, disturbios que son pequeños solamente por comparación con la guerra general.⁵¹

La estrategia propuesta por Taylor ofrecía solucionar muchos de los “problemas” que habían surgido en las periferias y que se exacerbaban en el Hemisferio Occidental debido a la revolución cubana. La doctrina de la respuesta flexible fomentó la revitalización del establecimiento militar. Era necesario desarrollar to-

49 John F. Kennedy, *Recommendations relating to our defense Budget*, Washington, D. C., GPO, 1961, House, doc 123, p. 2.

50 John F. Kennedy, *State of the union message*, jan 11, 1962.

51 Maxwell Taylor, *op. cit.*, pp. 5-6.

das aquellas capacidades técnicas y humanas que pudiesen actuar eficazmente en la compleja gama de desafíos a la hegemonía norteamericana, desde la guerra termonuclear hasta las guerras de guerrillas, las infiltraciones y otros actos de poca intensidad.⁵² Así, según el ministro McNamara,

Nuestro objetivo ahora consiste en incrementar nuestra habilidad para confinar nuestra respuesta a armas no-nucleares, y a disminuir el incentivo por cualquier agresión limitada al establecer claramente lo que nuestra respuesta podría lograr. En la mayoría de las áreas del mundo, el peso de la defensa local contra ataques abiertos, la subversión y la guerra de guerrillas descansan sobre la población y las fuerzas locales. Pero dada la gran posibilidad y la seriedad de esta amenaza, debemos estar preparados a hacer sustanciales contribuciones por medio de fuerzas altamente flexibles y de fácil movilización, adiestradas en este tipo de guerra, algunas de las cuales debemos estacionar en áreas estratégicas, con máximas capacidades de movilización aérea y marítima, por medio del uso de bases militares en el exterior.⁵³

De acuerdo con los análisis presentados por el Departamento de Defensa al Congreso Norteamericano, era indispensable un considerable aumento de los recursos y presupuestos militares para hacer frente a la desorganización social del Tercer Mundo, al mismo tiempo que para mantener la ventaja en la carrera armamentista balística termonuclear.

Naturalmente, la adopción de la doctrina de la respuesta flexible significó una notable expansión de las capacidades militares norteamericanas. Durante este periodo se introdujeron una serie de innovaciones técnicas, administrativas, económicas y táctico-estratégicas que permitieron al establecimiento militar racionalizar exhaustivamente la necesidad de adquirir complejos sistemas tecnológicos de destrucción masiva, llevar a cabo una promoción de ventas de armamentos sin precedentes en la historia militar, aminorar sustancialmente las tradicionales rivalidades entre las tres armas, centralizar y someter bajo control militar vastos recursos de la comunidad de servicios de inteligencia y racionalizar y asumir bajo jurisdicción militar estrategias económicas, sociales y políticas para los países subdesarrollados.

Bajo la tutela doctrinaria de la respuesta flexible la Sección de Logística Internacional, establecida por el ministro McNamara bajo la dirección de Henry John Kuss, logró invertir la relación entre donaciones y ventas militares: de 1 960 millones de dólares

⁵² *Ibidem.*

⁵³ R. McNamara, *op. cit.*

en donaciones y 230 millones de dólares en ventas en el año de 1953, a 466 millones en donaciones y 2 000 millones de dólares en ventas en 1968.⁵⁴

Fue en este periodo cuando se ordenó la construcción de una fuerza de **overkill** de más de mil cohetes balísticos intercontinentales, decisión llevada a cabo en 1961 a raíz de la convicción de la administración Kennedy de que el Departamento de Defensa era la agencia mejor equipada para poner pronto en circulación cualquier inversión monetaria del Gobierno Federal.⁵⁵ Esta política estaba en consonancia con los lineamientos básicos importados por McNamara directamente del Departamento de Economía de la Universidad de Harvard, bajo la influencia de lo que podríamos llamar la "línea dura Keynesiana".⁵⁶

Para realizar estas operaciones en forma eficaz, McNamara, inspirado tanto en la Escuela de Administración de Negocios de Harvard como en su propia experiencia de la Ford Motor Company, creó una oficina central que regulara las relaciones entre el Departamento de Defensa y la industria de guerra.⁵⁷ La agencia organizada por McNamara (Defense Supply Agency) centralizaba la administración y control de contratos para productos industriales valorados aproximadamente en cuarenta mil millones de dólares anuales.⁵⁸

Aunque ahora los arsenales del Departamento de Defensa de los Estados Unidos contienen una capacidad destructiva equivalente a 615 385 bombas tipo Hiroshima —capaces de desplazarse hacia sus blancos desde sistemas balísticos intercontinentales localizados en el hemisferio occidental o en Europa, y en submarinos nucleares y barcos, mientras que cierto número circula permanentemente en el aire desde las flotas de bombardeo estratégico— la demanda de sistemas masivos de destrucción continúa.⁵⁹ Por ejemplo, se calcula que los gastos del sistema de cohetes antibalísticos y su programa de defensa civil, el programa de vehículos de re-entrada múltiple e independiente (MIRV),

54 G. Thayer, **The war business**, New York, Simon and Schuster, 1969, pp. 179-218.

55 Murray Weindenbaum, "The Impact of Military Procurement on American Industry", **Planning and Forecasting in the Defense Industries**, J. A. Stockfish, Calif., ed. Belmont Planning Publishing Co., 1962.

56 Daniel Seligman, "McNamara's Management Revolution", **Fortune**, LXIII, N. L., July 1965.

57 Véase Seligman, **op. cit.**

58 M. Weindenbaum, "Defense Expenditures and the Domestic Economy", **Defense Management**, Stephen Enke, ed. Prentice Hall, 1967, pp. 315-336; S. Melman, "Who decides technology?", **Columbian Forum**, vol. xi, núm. 4, Winter, 1968, pp. 13-16.

59 Senator Stuart Symington, "The United Nations, The United States and Arms Control", **Report to the Committee on Foreign Relations**, United States Senate, Washington, mayo 1975. U.S. Government Printing Office. Para antecedentes ver R. Lapp, **Kill and Overkill**, Nueva York, Basic Books Inc., 1962.

el programa para la adquisición de Aviones C5A⁶⁰ —capaces de transportar 700 soldados a velocidades supersónicas— y el adiestramiento y equipo para las fuerzas de contrainsurrección nacionales y adjuntas⁶¹ costarán no menos de quinientos mil millones de dólares.⁶²

De acuerdo con los proyectos trazados al iniciarse la década anterior, las opciones estratégicas (guerra termonuclear) debían aparejarse con instrumentos tácticos (guerra limitada y sublimitada); es decir, el establecimiento de fuerzas metropolitanas y adjuntas sobre las que quedaría la responsabilidad por mantener la defensiva y la ofensiva en la implementación de la seguridad nacional. En primer término, estas fuerzas se establecieron en “áreas problemáticas” directamente. También se forjaron reservas metropolitanas con capacidades de movilización aérea y marítima.⁶³ En segundo lugar, debido a que McNamara y su cuerpo de especialistas reconocían la imposibilidad de mantener simultáneamente varios frentes antirrevolucionarios de las dimensiones o intensidades experimentadas en el Asia Sur Oriental, recomendaron el uso intenso de las Fuerzas Armadas locales, las que adecuadamente adiestradas y equipadas, complementarían a las fuerzas metropolitanas.

En este sentido, el presidente Kennedy enfatizó desde el inicio de su gestión administrativa que “en el área de las guerras locales, inevitablemente tendremos que contar con los esfuerzos cooperativos de otros pueblos y naciones que comparten nuestra preocupación... Por estas razones, debemos continuar los esfuerzos para ajustar nuestro programa de Asistencia Militar”.⁶⁴

Y esos ajustes se realizaron con los programas de acción cívica militar y contrainsurrección, programas que irían a presentar la compaginación suprema de los ideales humanitarios liberales (acción cívica) y los requisitos pragmáticos impuestos por la respuesta flexible (contrainsurrección).

E. El programa de asistencia militar

Los trabajos de Mao Tse-Tung,⁶⁵ y del general Vo Nguyen

60 *St. Louis Post Dispatch*, “Senators Disagree on C-5A”, junio 5, 1969.

61 John Kennedy, *op. cit.*, p. 8.

62 S. Melman, *op. cit.*, p. 15.

63 John Kennedy, *op. cit.*, p. 8.

64 U.S. House of Representatives Committee on Appropriations, **Department of Defense Appropriations for 1963**, *op. cit.*, p. 9, 48.

65 Véase Mao Tse-Tung, **Selected Works**, especialmente “Take Care of the Living Conditions of the Masses and Attend to Methods of Work”, vol. I, New York, International Publishers, 1954; “On Protracted War”, vol. II, *op. cit.*; “On Methods of Leadership”, vol. IV.

Giap,⁶⁶ entre otros, sirvieron de fundamento para "mostrar" la capacidad contrarrevolucionaria del Programa de Asistencia Militar, ya que, en parte, los movimientos revolucionarios surgen a causa de frustraciones sociales y económicas. Por lo tanto, se argumentó que, para ser eficaz, la profilaxis contrarrevolucionaria tendría que contribuir en cierta medida al esfuerzo de rehabilitación de las circunstancias sociales y económicas realizando un máximo "uso no-militar de los militares locales". Desde la perspectiva táctica, los estrategas también esperaban que esta política redujera considerablemente el personal guerrillero, sus fuentes de información, armas y otros abastecimientos indispensables.⁶⁷

La función social y táctica de la acción cívica quedó oficialmente definida por el Estado Mayor norteamericano como

El uso de fuerzas preponderantemente locales (**indigenous**) en proyectos de utilidad para la población local y a todo nivel en campos tales como la educación, el adiestramiento, obras públicas, agricultura, transporte, comunicaciones, salud, sanidad y otros que contribuyan al desarrollo económico social y que también sirvan para mejorar la posición de los militares con la población (local).⁶⁸

Al otorgar funciones "no-militares" al ejército, la acción cívica colocó los establecimientos militares locales en la posición estratégica de intermediarios entre la población y el gobierno local. Además, desde el punto de vista institucional, afianzó a un poderoso sector del establecimiento militar norteamericano como intermediario entre el gobierno estadounidense y los países periféricos.

La profilaxis contrarrevolucionaria puesta en práctica por el gobierno Kennedy tuvo un resultado doble. No sólo atrapó a los establecimientos militares locales dentro de su diseño logístico-organizativo,⁶⁹ sino también a todos aquellos aspectos del Estado-cliente que, de haber quedado sin control o supervisión metropolitanos, probablemente hubieran desembocado como comportamiento político y económico incompatibles con los fundamentos de la seguridad nacional y con los intereses de las corporaciones

66 Véase Vo Nguyen Giap: *People's war people's army*. Foreign Languages Publishing House, Hanoi.

67 Una versión típicamente profiláctica del fenómeno la ofrece Walterhouse. Col. Harry, "Civic Action: A Counter and Cure for Insurgency". *Military Review*, vol. 42, august, 1962, pp. 47-54.

68 U.S. Joint Chief of Staff: *Dictionary of United States Military Terms for Joint Usage*. U.S. J.C.S. Pub. 1, Washington, G.P.O., 1964, pp. 90-91.

69 Cfr. John Saxe-Fernández, *De 'nation-building' a 'empire-building'*. "Hacia Una Estrategia Militar Hemisférica". Noveno Congreso de Sociología, México, noviembre 1969.

transnacionales, también vitales para esa seguridad. El ministro de Defensa McNamara fundamentó su apoyo a este proyecto en razonamientos liberales, humanistas y pragmáticos. Catalogó estas operaciones bajo la rúbrica de "guerra sublimitada", cuya función era evitar, por medio de la manipulación de variables políticas, sociales y económicas, la intervención directa de tropas norteamericanas y prevenir la violencia.⁷⁰ Finalmente, había que reducir las exigencias impuestas por el intervencionismo global de la política exterior sobre las posibilidades presupuestarias, técnico-organizativas y humanas del Departamento de Defensa.

La guerra sublimitada —denominada ahora **peacefare**— es la expresión cumbre de la profilaxis contrarrevolucionaria, de cuyo estudio sistemático surgiría el elemento que finalmente explotaría la tensión entre las pretensiones rehabilitadoras del programa de asistencia militar (la acción cívica) y los requerimientos pragmáticos de la estrategia militar.

La **peacefare** es la contraparte político-militar acoplada a la estrategia económica inspirada por el consejero presidencial W. W. Rostow, en especial durante la segunda administración demócrata (Johnson). El postulado básico de la **peacefare** es que su empleo debe graduarse según la experiencia que, dentro del modelo rostowiano, esté experimentando el Estado-cliente. De ahí que la **peacefare** deba intensificarse en aquellos sistemas que vayan llegando a la situación de "despegue", en particular cuando se aceleran los procesos de acumulación de capital, de inversión externa y se perfila el desarrollo de las posibilidades de que surjan movimientos y estructuras políticas y económicas autónomas —insurreccionarias y nacionalistas— potencialmente incompatibles con el proceso de institucionalización supra-nacional norteamericano (**empire-building**). Por lo tanto, se imponía la necesidad de reestructurar, desde afuera y por medio de la **peacefare**, los elementos institucionales claves que participan en esta dinámica, en especial aquellos que pertenecieran a la esfera político-militar.⁷¹

Esta proposición —con abundantes comentarios y gráficas, obtenidas por análisis históricos, y metódicas evaluaciones realizadas por el personal de la Rand Corporation—⁷² desembocó en una reformulación táctica, la cual, debe recordarse, coincidió también con el notable debilitamiento del liderazgo liberal en Wásh-

70 Véase Francisco Leal Buitrago, **Política e intervención militar en Colombia**, Noveno Congreso Latinoamericano de Sociología, México, noviembre de 1969.

71 Para un fino estudio de las dimensiones ideológicas del trabajo de Rostow, véase Andre G. Frank, **Latin America: Underdevelopment of Revolution**, exp. "Sociology of Development and the Underdevelopment of Sociology", *Monthly Review*, N. Y., pp. 21-94.

72 Nathan Leites y Ch. Wolff, **op. cit.**, pp. 6-25.

ington, al extinguirse físicamente su presencia en los altos consejos de poder.⁷³ La correlación favorita entre pobreza y patología fue puesta en entredicho, y con ella los modelos formales de la relación del cambio político con el cambio social y económico.

Las correlaciones optimistas entre el desarrollo económico y el político —que caracterizaron modelos teóricos como los propuestos por J. S. Coleman y Gabriel A. Almond,⁷⁴ o Everet Hagen⁷⁵ y Robert S. McNamara—⁷⁶ fueron sustituidos poco a poco o modificados sustancialmente bajo el impacto de un liderazgo nacional políticamente más “realista” y conservador.

El segundo quinquenio de la década anterior coincidió con la publicación de estudios evaluativos de la experiencia revolucionaria y contrarrevolucionaria, trabajos provenientes de los institutos al servicio del Departamento de Defensa. En ellos se mostró la falta de consistencia histórica y validez empírica de la correlación liberal. Con el cambio en la brújula nacional florecieron precisamente aquellos modelos que sugerían una relación positiva, entre el proceso de desarrollo económico y social, por un lado, y la propensión “patológica” en el sistema político por el otro. Henry Kissinger, Alexis de Tocqueville,⁷⁷ Eric Hoffer⁷⁸ y Crane Brinton,⁷⁹ integraban la ofensiva ideológica con un influyente cuerpo de asesores gubernamentales, quienes, timoneados desde instituciones como Cress y la Rand Corporation, formaban una formidable retaguardia oficialista-institucional: Nathan Leites, Charles Wolff, y Michael Conley, entre otros.⁸⁰ En las palabras de dos de estos investigadores:

Históricamente, el éxito o fracaso de la insurgencia no ha mostrado una relación simple con el grado de pobreza... Ciertamente las condiciones económicas del Vietnam del Sur eran probablemente entre las más favorables de la región

73 Véase R. Hilsman, *To move a nation*, New York, Doubleday, 1967.

74 Véase J. S. Coleman, “The Political Systems of the Developing Areas”, en G. A. Almond y J. S. Coleman (Comp.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, Princeton University Press, 1960.

75 Everett E. Hagen, “A Framework for Analyzing Economic and Political Change” en Asher, Hagen, et al., *Development of the emerging countries*, Washington, D. C., The Brookings Institution, 1962.

76 Robert McNamara, *The essence of security*, op. cit.

77 Alexis de Tocqueville, *The old regime and the french revolution*, New York, Doubleday, 1955.

78 Eric Hoffer, *The true believer*, New York, Harper and Bros., 1955.

79 Crane Brinton, *The anatomy of revolution*, New York, Vintage Books, 1965.

80 N. Leites y Ch. Wolff, op. cit.; Michael Conley, op. cit., y “The Parameters of Subversive Insurgency: An Essay at the Redefinition of the Term”, *Proceedings*, 19th Military Operations Research Symposium, Meetings of 25, 26, 27 abril 1967, at Fort Bliss Texas, Office of Naval Research, 1967.

surasiática, de la misma manera que Cuba era uno de los países latinoamericanos en mejor posición económica.⁸¹

Leites y Wolff también estaban prontos a señalar que, aun dentro de los países desarrollados, los acontecimientos insurgentes acumulan pruebas como para descartar seriamente la validez histórica —o empírica— que inspiró inicialmente el movimiento contrarrevolucionario:

Desde la perspectiva económica, en 1965 Watts era probablemente una de las comunidades negras mejor situadas en los Estados Unidos. Cuando uno observa las huelgas de Detroit en 1967, resulta que los ingresos de los huelguistas eran significativamente más altos que los de los que no participaron en las huelgas... En forma similar, las rebeliones universitarias han sido usualmente más severas en aquellos centros académicos que, como Berkeley, Columbia, Wisconsin, Cornell, Harvard o Swathmore, gozaban de las mejores condiciones (económicas) y educacionales.⁸²

De la misma manera, Michael Conley, del Centro para la Investigación de Sistemas Sociales (Cress), indicaba que la "causa" inmediata de la insurgencia no es ni el analfabetismo ni la mala distribución de la riqueza ni la falta de salubridad;⁸³ la

causa ha de encontrarse directamente en la existencia de cierto tipo de institucionalización política que facilite la canalización de la disidencia hacia la subversión.⁸⁴

La acentuada y creciente complejidad del fenómeno revolucionario en el Tercer Mundo y en las áreas desarrolladas requirió una reformulación conceptual y teórica. En este esfuerzo no se abandona la preocupación etiológica, sino que se la revisa y reexamina a la luz de un notable escepticismo relativo a la importancia e impacto de factores socio-económicos en la causación de la revolución. Considerada la falta de correlación entre las reformas liberales y la estabilidad interna, los especialistas en la contrarrevolución estuvieron prestos a concluir que en la "deprivación relativa" no se hallaría la clave para determinar el mínimo requerido para que surgiera una "condición insurgente". Es la existencia de un cuerpo social organizado políticamente el

81 Leites y Wolff, *op. cit.*, p. 17.

82 *Ibid.*, pp. 17-18.

83 *The Future United States Role in Asia and in the Pacific*. Hearings Before the Subcommittee on Asian and Pacific Affairs of the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives, 91st Cong., Second Sess., 1968, p. 212.

84 Michael Ch. Conley, "The Parameters of Subversive Insurgency: An Essay at the Redefinition of the Term", en *The future....*, *op. cit.*, 198-200.

elemento imprescindible para la existencia de las condiciones "mínimas" para la insurgencia, es decir, una entidad capaz de dar expresión empírica o político-social a las condiciones subjetivas insurgentes: el "partido" u "organización insurgente". En las palabras del profesor Conley,

El partido y no las condiciones socio-económicas del país es la causa. Y la **eliminación de la "causa" significa la eliminación del partido.**⁸⁵

De esta manera, el Departamento de Defensa y sus institutos de investigación social abrían un nuevo capítulo a la contrarrevolución y a la "etiología de la patología revolucionaria". Este nuevo énfasis eliminaba, por un lado, la implícita suposición del modelo anterior de que la "insurgencia" incidía primordialmente en las áreas subdesarrolladas, y por otro, inyectaba una gran flexibilidad —y arbitrariedad— al mismo concepto de "insurgencia":

Bajo el término insurgencia, entenderemos, en forma amplia, todo intento de parte de una organización disciplinada de hombres para efectuar un reestructuramiento socio-económico de la sociedad, en nombre de aquellos amplios sectores económicamente necesitados y que no participan en la vida política de su propio país.⁸⁶

La transformación conceptual permite la "rotulación" de una gama bastante amplia de agrupaciones, partidos políticos y otras asociaciones que, como el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, el "Black Panther Party" o el "students for a Democratic Society" en Norteamérica —o aún el Partido Revolucionario Institucional de México (PRI) o las Fuerzas Armadas Peruanas— procuren, por diversos medios y bajo variadas banderas ideológicas, la "reestructuración socio-económica" de la sociedad.

Así "revisada" la estrategia contrarrevolucionaria, su plano general se caracteriza por su énfasis en el uso metódico y exhaustivo de la información como arma vital. De otra forma, mientras en su primera versión se realizaría una aplicación militar de elementos socio-económicos (acción cívica), en su segunda versión las fuerzas contrarrevolucionarias encuentran su mejor aliado en mecanismos policiaco-informativos que le permiten "remover" la causa, es decir, la organización o partido político. Esta observación ha sido expresada por los especialistas de la Rand Corporation de la siguiente manera:

85 Michael Charles Conley. *op. cit.*, p. 201.

86 *Ibidem.*, p. 203.

...(toda) contrarrebeldión efectiva requiere que la Autoridad mejore su capacidad para recolectar, almacenar, cotejar, evaluar, portar y usar información... Contrario a lo asumido por la posición liberal (**hearst and minds view**), toda mejora en el manejo de información tiene un valor más grande para A (Autoridad, gobierno) que conferir beneficios (socio-económicos) o ampliar la participación política... Quizá de todos los tipos de información sobre R (revolucionarios, rebeldes, etcétera), la que tiene mayor valor para A es la que permite discriminar entre aquéllos que cooperan con A y aquéllos que no lo hacen, y usar esta información para establecer cuidadosamente sus blancos (**targeting**)... Para aumentar la capacidad de A, para absorber las acciones de R se necesita que A demuestre gran selectividad y discriminación en sus acciones, **y esto depende inmensamente en la habilidad de A para recolectar y usar con ventaja toda información sobre el comportamiento de la población.**⁸⁷

F. Expansión científica

El Proyecto Camelot y la mayoría de los abundantes estudios que se realizan en la actualidad intentan obtener información estratégica sobre las condiciones económicas, culturales, políticas y sociales que deben manipularse para dirigir con éxito la contrarrevolución. A este respecto, los especialistas de la Rand Corporation rápidamente observan que "quizá la característica más significativa de los países menos desarrollados... es el alto costo de la información... información sobre la gente, los productos, precios, el flujo de tráfico, de compras y ventas, préstamos, pagos y recibos, etcétera, etcétera, etcétera."⁸⁸

De aquí que, después del escándalo internacional que suscitó Camelot, se intensificaran los esfuerzos para reorganizar la contribución de las ciencias sociales a la seguridad nacional norteamericana, a fin de que los canales informativos que éstas habían elaborado cuidadosamente "en países amigos" continuaran fluyendo. Como bien ha señalado el profesor Galtung,⁸⁹ las evaluaciones posteriores al incidente que tuvieron más éxito entre los administradores de la política externa, fueron precisamente aquéllas que se limitaron a los aspectos puramente "administrativos" y de "relaciones públicas".

Así, por ejemplo, el Instituto para el Análisis sobre la Defensa (Institute for Defense Analysis, IDA), órgano oficialmente encar-

⁸⁷ Leites y Wolff, *op. cit.*, p. 135 y 137.

⁸⁸ Leites y Wolff, *op. cit.*, pp. 132-133.

⁸⁹ "Después del Proyecto Camelot". *Revista Mexicana de Sociología*, México, vol. xx, no. 1, enero-marzo 1968, pp. 115-141.

gado de la tarea "evaluativa" del incidente, nunca cuestionó ni los fundamentos ético-políticos ni las repercusiones internacionales y científicas que acarrearía la obstinada —pero aparentemente indispensable— alianza entre las ciencias sociales y el Departamento de Defensa. Al contrario, en 1965, el Instituto indicaba que "los presupuestos en investigaciones sociales y en el desarrollo de la contrainsurrección ascendían a 8 millones de dólares en 1964 y a 10.8 millones de dólares en 1965 —un aumento del 35%".⁹⁰ Los autores de este estudio valorativo, Alfred Blumstein y Jesse Orlansky,⁹¹ calculan que el presupuesto destinado a investigaciones de carácter militar general, incluyendo el desarrollo de la contrainsurrección, representa aproximadamente el 6.7 por ciento de los gastos totales asignados a la investigación y el desarrollo.

El documento mencionado presenta también una breve descripción de los diversos tipos de organización que se emplean en este tipo de investigación sociológica: "Con excepción de un reducido número de proyectos realizados por organismos industriales (el 6 por ciento de todos los estudios en el periodo de 1964-65), la mayoría de los estudios provienen de organizaciones no comerciales, incluyendo, desde luego, las universidades. Cuatro institutos realizaron entre el 64 y el 57 por ciento de todos los estudios en 1964 y 1965 respectivamente: la Corporación para el Análisis de Investigaciones (Research Analysis Corporation), y el Centro para el Estudio de Sistemas Sociales (Center for the Research of Social Systems, CRESS), la Corporación para Investigación y Desarrollo (Research and Development, Rand) y la Oficina para Investigaciones de los Recursos Humanos (Human Resources Research Office)."⁹² Según el informe, esta última entidad trabaja exclusivamente para el Ejército, mientras que el Centro para el Estudio de Sistemas Sociales y la Rand funcionan tanto para la milicia como para la Agencia de Proyectos Avanzados (Advanced Research Projects Agency, ARPA), y para el secretario asistente sobre los Asuntos de la Seguridad Internacional del Departamento de Defensa.⁹³

En términos de la distribución geográfica de fondos, Blumstein y Orlansky indican que en 1965 el 15 por ciento de todo el programa de investigaciones sociales se había destinado para

90 Todas las citas se fundamentan en compilaciones preparadas por NACLA, información que ya tiene un carácter público. La fuente más completa ha sido preparada y elaborada por Michael Klare. Véase la nota siguiente.

91 Datos citados por Michael Klare en "Social Research and Counterinsurgency: The Science of Neocolonialism", *op. cit.*, del estudio de Alfred Blumstein y Jesse Orlansky, *Behavioral, Political and Operational Research Programs in Counterinsurgency Supported by DOD*, Washington, D. C., I.D.A., 1965.

92 Blumstein y Orlansky, *op. cit.*, p. 11.

93 *Ibidem*, pp. 21-22.

Vietnam del Sur y un 6 por ciento para realizar estudios en Tailandia. En ese mismo año, 700 000 dólares fueron destinados para estudiar Latinoamérica y no se dedicaron fondos para investigaciones del continente africano.⁹⁴

Por conceptos de contenido, el financiamiento económico se distribuyó en 1965 de la siguiente forma: 48 por ciento para investigaciones de operaciones (Operations Research) y análisis de sistemas (System Analysis). Como se indicó anteriormente, estos estudios analizan los "costos" estratégicos de diversas operaciones y programas militares. Se incluyen además estudios sobre la eficacia de las operaciones contrarrevolucionarias y de la "acción cívica" realizadas anteriormente, lo mismo que evaluaciones periódicas sobre la eficacia de diversos sistemas de espionaje y vigilancia.

El 9 por ciento de los fondos se utilizó para estudiar los aspectos políticos de la insurrección y la contrainsurrección, y un 26 para el análisis de los aspectos sociales del comportamiento —es decir, en áreas como la psicología, la sociología, la antropología, la economía y la historia. El 17 por ciento restante se destinó al desarrollo de técnicas adecuadas para seleccionar, administrar y educar al personal militar extranjero que se adiestra en centros de aprendizaje norteamericanos, dentro y fuera del territorio nacional. En la década de 1960 más de doscientos cincuenta mil militares extranjeros recibieron educación en estas instituciones, de los cuales más del setenta por ciento provenían de áreas predominantemente subdesarrolladas. Se espera que en el futuro, estos militares realicen una labor político-militar y de inteligencia adscrita a las Fuerzas Armadas norteamericanas.⁹⁵

Esta distribución del presupuesto refleja los criterios prevalentes en la revolución administrativa impulsada por McNamara, quien hace hincapié en el desarrollo de sistemas eficaces desde el punto de vista administrativo. Por otro lado, hay que destacar el interés evidente de preparar élites militares extranjeras. Esta preocupación militar norteamericana se originó ante la imposibilidad de intervenir en forma masiva y simultánea en los diversos continentes.

La conclusión más sobresaliente del trabajo preparado por el Instituto de Análisis Defensivo es que el predominio de la zona sudasiática en la distribución geográfica de los fondos

no se ajusta a los requisitos globales de la política externa norteamericana, ya que se realiza en detrimento de otras áreas del mundo, en forma particular de África, pero también de la América Latina... Estas áreas muestran ya signos

⁹⁴ *Ibidem.*

⁹⁵ *Ibid.*, p. 25.

importantes de descontento social: cualquier negligencia en el estudio de sus problemas nos puede conducir a enfrentarnos a situaciones similares a la del Vietnam del Sur.⁹⁶

En consecuencia, de acuerdo con los autores, existe una creciente necesidad de obtener información exacta y objetiva sobre muchos países africanos y latinoamericanos. Por ahora importan, sobre todo, datos sobre la composición social y psíquica de las masas y las élites, los canales de comunicación y su influencia a nivel nacional, local y, en especial, institucional. Interesan, además, las instituciones educativas, las actitudes locales hacia el gobierno y el personal extranjero, y los recursos potenciales para el desarrollo económico y social —es decir, estudios de utilidad para configurar el “contexto estratégico” entre los Estados Unidos y el Estado-cliente. En este sentido se obtiene información que después es sometida a un análisis sistemático que permita examinar:

a) Las actitudes de los diversos grupos de poder “dentro” de los Estados-clientes, y en especial, el grado de intimidad e identificación en que se encuentran con los líderes y la política del Estado metropolitano;

b) EL grado de complementariedad y similitud que existe entre ambas partes en asuntos tales como la posición militar regional, el comercio exterior y la relación-autonomía dependencia político-militar, y

c) La forma en que el proceso de cambio social y político pudiera afectar la planeación militar norteamericana en el Estado clientela.

96 Blumstein y Orlansky, *op. cit.*, p. 27.